

BOLETÍN DE ARQUEOLOGÍA

**Fundación de Investigaciones
Arqueológicas Nacionales**

AÑO 14

MAYO 1999

NUMERO 2

CONTENIDO

Presentación	3
Proyección histórica de la Arqueología en Colombia <i>Héctor Llanos Vargas</i>	5
La estructura del debate sobre el poblamiento de América <i>Gustavo Politis</i>	25
El poder simbólico de los metales: la <i>tumbaga</i> y las transformaciones metalúrgicas <i>Ana María Falchetti</i>	53
El arqueólogo y los museos: retos y dificultades en la perspectiva contemporánea <i>Roberto Lleras Pérez</i>	83

BOLETÍN DE ARQUEOLOGÍA

**Fundación de Investigaciones
Arqueológicas Nacionales**

AÑO 14

MAYO 1999

NUMERO 2

SUMARIO

Presentación	3
Proyección histórica de la Arqueología en Colombia <i>Héctor Llanos Vargas</i>	5
La estructura del debate sobre el poblamiento de América <i>Gustavo Politis</i>	25
El poder simbólico de los metales: la <i>tumbaga</i> y las transformaciones metalúrgicas <i>Ana María Falchetti</i>	53
El arqueólogo y los museos: retos y dificultades en la perspectiva contemporánea <i>Roberto Lleras Pérez</i>	83

PRESENTACION

La Sociedad Colombiana de Arqueología organizó el I Congreso de Arqueología en Colombia, evento realizado en la universidad de Caldas de la ciudad de Manizales, entre el 28 y el 30 de octubre de 1999. Como miembro del Comité Organizador me correspondió coordinar el Simposio Central, que tuvo como objetivo general mostrar las perspectivas de la investigación arqueológica que se realiza en nuestro país. Para ello invitamos a destacados investigadores para que presentaran conferencias sobre temas de su interés profesional, la mayoría de las cuales publicamos en este BOLETIN DE ARQUEOLOGIA, gracias a la colaboración del doctor Luis Duque Gómez, Director Ejecutivo de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, entidad que también contribuyó con la realización de este evento científico, patrocinando la asistencia al mismo de varios arqueólogos colombianos.

Héctor Llanos Vargas

PROYECCION HISTORICA DE LA ARQUEOLOGIA EN COLOMBIA

*Héctor Llanos Vargas**

**"...y la experiencia enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar..."**

(Calderón de la Barca, LA VIDA ES SUEÑO)

Lo primero que quiero decir es que el texto de esta conferencia va todo entre comillas, en tanto es un discurso sobre el saber poder científico, en el campo específico de la Arqueología. Más aún, al presentarse en el contexto del Primer Congreso de Arqueología en Colombia, que es una puesta en escena o representación de un gremio que piensa que ha acumulado suficiente experiencia (léase saber poder), para consolidar su autonomía profesional. Por eso no hay citas académicas que le den autoridad a mis palabras, sino alusiones a los trabajos de los Maestros Pioneros en el contexto del proceso histórico de la Arqueología en Colombia, que pensamos los organizadores de este congreso, merecen un homenaje, por la importante labor científica adelantada a lo largo de su vida profesional.

Hablar de la Arqueología del siglo XXI puede reducirse a una frase de moda, que llama la atención de manera publicitaria sobre un evento científico. Es paradójico que el gremio de arqueólogos se convoque así mismo, por primera vez, de manera autónoma, para hablar de cómo se interpreta el pasado, en un país en crisis, pensando en el nuevo milenio, ante nuestra manía de hacer del tiempo futuro un fetiche, que no es

* Profesor Emérito Universidad Nacional de Colombia

más que una ficción o metáfora. Tomar conciencia de lo que hacemos en nuestro país, en el presente, es necesario, al final de un siglo que cada vez más enjuicia la utopía propuesta por el modernismo, ante los patéticos resultados históricos. Como historiador que soy, pienso que nuestro actuar, de pronto, no es tan autónomo ni tan futuro, como queremos pensarlo, si reflexionamos sobre el saber poder de nuestro gremio a lo largo del siglo que termina.

Hablar del pasado, desde el presente, puede hacerse desde varias actitudes: con la mirada nostálgica (depresiva), que añora la época cuando el ejercicio de la Arqueología era una forma de vida honesta y desinteresada; con la intensión apologética, a partir de la frase "todo pasado fue mejor"; con la actitud contraria, radical y juvenil, que considera que "Todo lo pasado fue peor", o la deliciosa versión de Indiana Jones en donde la Arqueología es el túnel del tiempo, que toda persona desea, para satisfacer sus fantasías infantiles, a través de las aventuras y desventuras de un etnocéntrico prototipo masculino, que representa el bien, que a pesar del mal, al final siempre triunfa, como en los cuentos de hadas.

Por encontrarnos en un presente que se caracteriza por la coexistencia de la incertidumbre laboral para la mayoría de nuestros colegas, con el escepticismo y-o eclecticismo teórico y el optimismo que genera la globalización del conocimiento científico, que considera superados las confrontaciones conceptuales de las décadas del sesenta y el setenta, que precisamente inspiraron a Kent V. Flannery *EL PALUSTRE DE ORO: UNA PARABOLA PARA LA ARQUEOLOGIA DE LOS OCHENTA*, que muchos de los aquí presentes leímos e imaginamos como si se tratara de una película o una obra de teatro, a excepción, claro está, de los más jóvenes de los años noventa.

Esta bella metáfora, escrita en 1981, nos permite, en estos momentos, recrear o hacer una proyección histórica de la Arqueología en nuestro país; digo proyección histórica, aunque parezca inapropiado, porque no se trata de mirar hacia el futuro desde el presente, sino, como lo vimos en las películas llamadas *RECUERDOS DEL FUTURO* y *2001 ODISEA DEL ESPACIO*, el pasado está presente en el futuro, como una proyección lógica o paradójica, mediata o inmediata.

Aprovechando la circunstancia que nos tiene reunidos, me atrevo a proponer que recordemos dicho relato, los que ya lo conocemos, o para

que lo conozcan los que no la han leído. Flannery pone a dialogar a tres arqueólogos con el narrador de la historia, que también es arqueólogo, en el interior de un avión 747, escenario anodino que rompe momentáneamente la coordenada espacial y temporal. Los cuatro personajes regresan a su casa después de una reunión de la Sociedad Americana de Arqueología. Para nuestra circunstancia podríamos suponer que nos puede pasar lo mismo (aunque nosotros apenas iniciamos el recorrido), al encontrarnos reunidos en este auditorio con motivo de participar en el Primer Congreso de Arqueología en Colombia, organizado por la Sociedad Colombiana de Arqueología (recién creada y no tan vieja como la Americana).

Para abreviar la historia, simplemente quiero recordar los protagonistas. Uno de ellos es un arqueólogo de la Vieja Guardia, de avanzada edad, que ha sido pensionado con honores (le han regalado en el ritual académico de la despedida final, a manera de medalla honorífica, su primer palustre, con un baño de oro), después de haber investigado durante toda su vida, con el concepto de cultura, como paradigma central: "Para mí solamente existe teoría antropológica. Los arqueólogos tienen su propia metodología, y los etnólogos la suya; pero cuando se trata de teoría, todos deberíamos sonar como antropólogos.". Su obra ha merecido el concepto de Harris, quien dijo "que estaba admirado de ver que, a pesar de ser yo un arqueólogo, hubiera prestado tan poca atención a las variables tecno-eco-demo-ambientales". Geertz, otro importante antropólogo, opinó "que, según podía darse cuenta, yo simplemente hacía Pura Descripción."

El otro protagonista, que obtuvo su título profesional en 1968, es un profesor universitario de un importante Departamento de Antropología, en edad media profesional, que Flannery llama "el Filósofo Vuelto a Nacer", porque empezó como arqueólogo tradicional y luego: "se dio cuenta de que todo el mundo llamaría a su puerta si criticaba la epistemología de los demás; de repente descubrió que, siempre y cuando su diseño de investigación fuera soberbio, no tenía que hacer la investigación: bastaba con publicar el diseño para que se considerase como modelo, como un anillo de latón inalcanzable para las manos torpes que hacen las prospecciones y las excavaciones. No más tierra. No más calor. No más cuadrículas de 3 X 3. Ahora trabajaba en una oficina generando hipótesis, leyes y modelos que una interminable fila de es-

tudiantes de posgrado (o pregrado, agregó yo) salían a comprobar, porque él ya no hacía trabajo de campo”.

Por último, como era de esperarse, para completar el cuadro generacional, Flannery coloca en el escenario un joven arqueólogo, al que llama “el Niño de los Setenta”, por haberse graduado hace pocos años, en 1978: “tenía una característica muy sobresaliente: ambición ciega. No tenía el compromiso con la historia cultural (..) , ni la devoción hacia la teoría de la generación de los sesenta. Sus metas eran sencillas: ser famoso, tener un buen salario, ser mimado, y recibir gratificación inmediata. No le importaba cómo lograrlo, ni a quien tenía que pisotear en su camino”.

Para nuestros colegas el vuelo se pasó sin darse cuenta, al establecer un diálogo, acompañado de unas cervezas y unos tragos de Whisky, que tomó el arqueólogo de la Vieja guardia, en el que cada uno expone sus divergencias conceptuales, sus aventuras y desventuras y sus pretensiones. Al final, el narrador de la historia, se queda dormido, agotado por la conferencia a la que había asistido, por las seis cervezas que se había tomado y por una tensa conversación sobre teoría arqueológica. Al despertarse se da cuenta de que se encuentra sólo en el avión, sin la compañía de sus colegas, que se han bajado en escalas anteriores. Mientras dormía tuvo una pesadilla en la que, en pocas palabras, había sido echado de la universidad donde trabajaba, sin quedarle claro si había sido “por depravación moral o por creer en la cultura. No lograba conseguir empleo en ninguna parte y lo único que se le presentó fue un trabajo con el proyecto de las basuras de William Rathje, en Tucson...como encargado de abrir las bolsas de basura”. Un buen día, descubrió que una gigantesca bolsa, al abrirla, estaba llena de separatas de sus artículos, con dedicatorias, que había enviado por correo a prestigiosos colegas; o sea, allí estaba toda la producción científica de su carrera, junto a otros desagradables desperdicios domésticos.

Al despertarse de esta terrible realidad onírica, se dio cuenta que su viaje había terminado. Al mirar su maletín encontró el palustre de oro acompañado de una nota del arqueólogo de la Vieja Guardia, en la que, entre otras cosas, le decía, en tono paternal: “Hijo, cuando conozcas a un muchacho que cree en la cultura y el trabajo dedicado, y en la historia de la humanidad; que esté dentro de esta disciplina porque la quiere y

no porque desea volverse famoso; que nunca se alimente de los datos de los demás, o les cierre el paso a otros por salir adelante; que conozca la literatura y respete a las generaciones que lo precedieron...a él le darás este palustre de oro”.

Como pueden apreciarlo, la parte final de la historia de Flannery, también nos aproxima a nuestro evento científico, que nos congrega en el día de hoy, porque uno de los objetivos es hacer un reconocimiento a los arqueólogos de “la Vieja Guardia” de nuestro país, al ser los pioneros que han tenido una larga vida de producción científica, con enfoques teóricos no necesariamente iguales a los del protagonista mayor de la representación escrita por Flannery.

Lamentablemente, muchos de ellos no están presentes en el día de hoy por inconvenientes personales, y de ellos, Gregorio Hernández de Alba, Gerardo Reichel Dolmatoff y Julio César Cubillos ya no pueden acompañarnos. Como lo decía al principio de esta conferencia, no es necesario hacer reconocimientos nostálgicos, ni apologéticos, porque su obra es una realidad histórica que iniciaron a los comienzos de la década de los cuarenta, cuando el gobierno crea el Instituto Etnológico Nacional, donde estudiarían y trabajarían los respetables maestros.

La mejor manera para comprender el papel que ha tenido la investigación científica de los Maestros Pioneros, es hacer algunas reflexiones sobre lo que ha sido la Arqueología hecha en Colombia, desde la perspectiva del saber poder propuesta por Foucault. La Arqueología es partícipe del pensamiento científico moderno, o saber poder que impregna todas nuestras actividades, todas nuestras intimidades.

El hombre moderno ha separado las palabras de las cosas, ha fundamentado todos sus pensamientos en presupuestos filosóficos que han separado los discursos de los fenómenos, de ahí que la realidad sea una representación de la palabra o aún más, la imagen virtual; por eso para Marx, todo lo sólido se desvanece en el aire y para Goya, en uno de sus geniales Caprichos, el sueño de la razón produce monstruos. Miguel de Cervantes Saavedra también lo dice a través del genial don Quijote de la Mancha, que vive los libros de caballería y don Diego Velázquez, el gran pintor de la luz, desde 1656, cuando logra la atemporalidad, porque aún está pintando la infanta Margarita acompañada de sus damas de honor,

Maribarbola, el enano Nicolasito y el hermoso mastín sobre el piso, ante la presencia del rey y la reina, en el cuadro las Meninas, que reposa en el museo del Prado de Madrid.

En Colombia el pasado aborigen ha tenido diferentes representaciones a través de la investigación arqueológica, que ha sido heterogénea, desde su origen hasta el presente, por ser una República cuya economía ha sido dependiente de otros países con un capitalismo desarrollado, cuyas teorías científicas han servido de modelos, que han sido imitados, discutidos o adaptados. Esta heterogeneidad epistemológica se ha nutrido en dos direcciones, una procedente de los Estados Unidos y la otra de varios países europeos, como Inglaterra y Francia, más que todo. Las influencias no han sido contemporáneas, sino que han tenido momentos de dominación desiguales, para cada una de las generaciones.

Los dos primeros trabajos de Arqueología moderna corresponden al alemán Konrad Preuss, en la región arqueológica de San Agustín (1913), y al norteamericano J. Alden Mason (1922), en la Sierra Nevada de Santa Marta. De esta manera el Pueblito tairona y las estatuas de San Agustín empiezan a transformarse en representaciones civilizadas, pertenecientes a culturas indígenas arcaicas que habitaron en nuestro país.

El primer nacional de la Arqueología colombiana es Gregorio Hernández de Alba, personaje multifacético, autodidacta, que hacia la década del treinta fortalece la construcción de nuestro pasado indígena civilizado, con sus exploraciones arqueológicas en Tierradentro, San Agustín y retomando los trabajos de Preuss y Mason. Logra el apoyo del gobierno liberal, con motivo de la celebración del IV centenario de la fundación de Bogotá, en 1938, al crear la oficina del Servicio Arqueológico, adscrita a la Sección de Extensión Cultural y Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional, para el estudio, la defensa y la conservación de los monumentos arqueológicos nacionales. También se atreve a realizar una exposición con motivo de dicha efemérides, para mostrar la importancia de las obras de arte de las culturas que fueron destruidas por los conquistadores españoles.

La década del treinta es importante para la Arqueología, porque el Estado colombiano le da mayor valoración a las culturas prehispánicas, que adquieren significación por sus monumentos y obras de arte, que

serán coleccionados y protegidos como patrimonio nacional, con nuevas leyes y decretos. De ahí la invitación oficial hecha al arqueólogo español José Pérez de Barradas para que viniera a excavar las ruinas de San Agustín y a dar conferencias públicas sobre la Antropología. Por eso, la creación del Museo del Oro, en 1939, tiene como fin preservar, para la nación, los preciados objetos, hasta ese entonces, valorados, por coleccionistas privados y gUAQUEROS.

Posteriormente, con la creación del Instituto Etnológico Nacional, en 1941, la influencia francesa de Paul Rivet determina a sus alumnos, los Maestros Pioneros, que también tienen una formación profesional en Ciencias Sociales, bajo la dirección de Francisco Socarrás. Una de las características de esta orientación es el rescate o construcción de las culturas aborígenes, como patrimonio cultural, parte fundamental de la identidad nacional, en una época en donde, para muchos colombianos, los indígenas del pasado y del presente no son civilizados, sino "indios salvajes".

Los arqueólogos pioneros tuvieron una formación interdisciplinaria, que les facilita ser indigenistas que trabajan por el rescate de las culturas aborígenes del pasado y de los derechos de las culturas indígenas del presente. Con base en sus trabajos empíricos de terreno y laboratorio construyen una realidad histórica de las culturas indígenas, como parte de la representación de la identidad de un estado nacional, ya sea con evolucionismos, difusionismos y particularismos históricos.

Cada uno de los Maestros Pioneros, desde la década del cuarenta, además de algunas excavaciones aisladas, realiza un trabajo continuo, más que todo, en alguna de las áreas arqueológicas del país, con el fin de reconstruir historias culturales regionales, que generaron identidades culturales locales (Quimbaya, Calima, Tairona, San Agustín, Tierradentro, Muisca), cuya suma contribuiría a la identidad nacional. Gerardo Reichel Dolmatoff y Alicia Dusán en el litoral, las llanuras del Caribe y el Magdalena medio, Graciliano Arcila Vélez en las montañas y el golfo de Urabá antioqueños, Eliécer Silva Célis en las frías tierras boyacenses, Luis Duque Gómez en las húmedas tierras de San Agustín, Julio César Cubillos en Popayán y el valle del Cauca. La maestra Blanca Ochoa de Molina es una admirable excepción, porque en lugar de reconstruir la historia de una cultura regional, se dedica a la educación de varias generaciones de

antropólogos, inculcando los valores de las culturas prehispánicas de Colombia y América, en un contexto de conciencia crítica, social y política, del presente, en la Universidad Nacional de Colombia.

El Instituto Etnológico Nacional tiene una proyección científica en todo el país, por eso establece sucursales o centros regionales de investigación: Parque Arqueológico Nacional de San Agustín (1937), Parque Arqueológico Nacional de Tierradentro (1945), Parque Arqueológico Nacional de Facatativá (1946), Parque Arqueológico Nacional de Sogamoso (1943), Instituto Etnológico del Cauca como anexo de la universidad del Cauca (1942), Instituto Etnológico del Magdalena (1946), Instituto de Investigación Etnológica del Atlántico (1947) y Servicio Etnológico de la Universidad de Antioquia (1943). El trabajo realizado por los Maestros Pioneros también se hace con una proyección social, al encargarse de la construcción de museos arqueológicos, en las sedes regionales.

Los productos científicos de las décadas del cuarenta y el cincuenta, que publican en boletines de arqueología, permiten la primera historia que interpreta el pasado indígena con hallazgos arqueológicos, más allá de los objetos obtenidos por la gaaquería y además de los datos de las crónicas de conquista, como se aprecia en los textos, COLOMBIA de Gerardo Reichel Dolmatoff (1965) y los tomos 1 y 2 de PREHISTORIA (volumen 1) de la HISTORIA EXTENSA DE COLOMBIA, de Luis Duque Gómez, que publica la Academia Colombiana de Historia en los años 1965 y 1967, respectivamente.

En 1952 las nuevas influencias científicas, que conllevan el reemplazo de la Etnología por la Antropología Social y Cultural, transforman el Instituto Etnológico en el Instituto Colombiano de Antropología. Hacia los últimos años de la década del cincuenta egresa la última promoción del Instituto Colombiano de Antropología, en la que se encuentran Gonzalo Correal Urrego, Alvaro Chaves Mendoza, Carlos Angulo Valdés y Miguel Méndez. Gonzalo Correal, desde finales de los años sesenta, aplica por primera vez una metodología de la Arqueología Medioambiental, sobre la etapa más antigua del poblamiento, correspondiente a los cazadores-recolectores, por cierto una de las más desconocidas hasta ese entonces. Alvaro Chaves, entre los años setenta y los ochenta, en compañía de Mauricio Puerta, realiza una investigación arqueológica sobre la cultura de Tierradentro y una actividad etnográfica con los Páez. Carlos Angulo,

durante los setenta y los ochenta, investiga las tradiciones cerámicas antiguas del Bajo Magdalena y, Miguel Méndez, trabaja diversos yacimientos en el departamento del Cauca.

Al finalizarse la actividad de formación académica del Instituto Colombiano de Antropología, los Maestros Pioneros ingresan a la carrera docente en las universidades, en donde intervienen en la constitución de los nuevos Departamentos de Antropología, en los Andes (1963), Antioquia (1966) y Nacional de Colombia (1966). En Antioquia, la orientación académica se dirige a los estudios y colecciones arqueológicas regionales, mientras que el énfasis en la Arqueología, principalmente, lo hace Gerardo Reichel Dolmatoff, en los Andes y Luis Duque Gómez en la Nacional, aunque esta última orienta más sus estudios hacia una formación teórica de la Antropología Cultural y Social. Por eso a los Andes se vinculan profesores extranjeros, con influencias de nuevos saberes, entre los que sobresalen Silvia Broadbent, con sus estudios sobre los períodos Herrera y Muisca de la sabana de Bogotá y Ann Osborn, con sus investigaciones sobre organización social y mitología aplicada a la Arqueología de los Tunebo o U'wa, trabajos básicos para un posterior desarrollo de nuestra profesión.

En los años setenta es importante el nuevo Departamento de Antropología creado en la universidad del Cauca, lo que amplía el gremio profesional, que se encarga de la investigación arqueológica de su región, a través de monografías de grado y posteriormente de investigaciones de sus egresados. Este departamento, se fortalece con la orientación conceptual de profesores, antropólogos recién egresados de los Andes, y otros profesionales de las ciencias humanas, de la universidad del Valle.

La transición entre la década del sesenta y el setenta se caracteriza por una crisis universitaria, política y académica, que alteró el normal funcionamiento de las recién creadas Carreras de Antropología. La nueva generación de antropólogos, formados durante este lapso crítico, tiene posiciones radicales, en un comienzo, que confrontan las posiciones de los Maestros Pioneros. Durante los setenta, a la universidad de los Andes, en primera instancia, llega la influencia de nuevas corrientes teóricas conocidas bajo el nombre de Nueva Arqueología, que ha surgido en Estados Unidos, con nombres como Binford, Flannery, Redman, Leblanc

y Chang entre otros, como una ruptura con los arqueólogos pioneros, como lo expone Flannery en su *Palustre de Oro*. En la universidad Nacional dominan las confrontaciones ideológicas y teóricas, a la par que el profesor Correal continúa su programa de investigaciones sobre el poblamiento temprano y el Pleistoceno tardío, que vincula alumnos de la Carrera de Antropología interesados en la investigación arqueológica, de los cuales, algunos hacen sus trabajos de grado hacia los comienzos de los ochenta sobre la temática de cazadores y recolectores.

A pesar de la crisis universitaria nacional, la década de 1970 significa un período de auge para la Arqueología en Colombia. En 1971, el Banco de la República crea la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN), que inicia su labor de patrocinar proyectos de investigación en todo el país, publicar los avances en el *Boletín de Arqueología* e informes finales en su colección de *Monografías*. Este patrocinio se mantiene de manera continua hasta el presente, publicando 70 libros con resultados especializados que ha divulgado en las principales bibliotecas de instituciones arqueológicas (museos, centros de investigación, universidades) internacionales y nacionales. La FIAN también apoya la asistencia de arqueólogos colombianos a eventos de investigación arqueológica internacionales y nacionales, además de establecer un fondo especial con el que patrocina obras de mantenimiento y preservación en los parques arqueológicos nacionales, y colaborar con publicaciones de *Arqueología* y revistas de *Antropología* del país. Hoy día podemos decir que un alto porcentaje de los arqueólogos colombianos ha recibido el apoyo de la FIAN, institución que ha desempeñado uno de los más importantes papeles en el crecimiento de la Arqueología en nuestro país y el fortalecimiento de nuestra imagen científica en el contexto internacional.

Durante la primera mitad de la década del setenta, la Sierra Nevada de Santa Marta es objeto de modernas prospecciones arqueológicas, entre las que se destaca la realizada por Luisa Fernanda Herrera y Gilberto Cadavid, quienes localizan 211 asentamientos taironas, entre los que sobresale, por su monumentalidad, *Buritaca 200* o *Ciudad Perdida*, que concentra los intereses oficiales en proyectos interdisciplinarios permanentes, dirigidos por el Departamento de Antropología de los Andes y el Instituto Colombiano de Antropología y posteriormente, con la participación de la Fundación Cultura Tairona.

En 1973, el Instituto Colombiano de Cultura, adscrito al Ministerio de Educación, expide la Resolución 626 bis "Por la cual se reglamentan las actividades de expediciones científicas extranjeras de índole antropológica". Los artículos de esta reglamentación, además de establecer unas condiciones equitativas entre los investigadores colombianos y extranjeros, bajo la supervisión del Instituto Colombiano de Antropología, tienen un papel importante en beneficio de las nuevas generaciones de arqueólogos, que de estudiantes han tenido la oportunidad de vincularse a prácticas de terreno y laboratorio, en proyectos patrocinados por instituciones extranjeras, lo cual complementa el nivel académico de su formación universitaria. A partir de esta resolución, también, varios egresados de los Departamentos de Antropología reciben becas para adelantar estudios de posgrado en las universidades extranjeras que realizan proyectos de investigación arqueológica en Colombia.

Aunque los saberes poderes que más se discuten en las universidades son estructuralistas, funcionalistas y marxistas, la nueva generación de arqueólogos egresados de los Andes y la Nacional, durante su ejercicio profesional, no los aplican directamente, sino que aceptan más la orientación conceptual y metodológica de la llamada Arqueología Procesual norteamericana y de la Arqueología de la universidad de Londres, que enfatizan los estudios regionales medioambientales, con análisis especializados de suelos, polen, tecnología cerámica, restos vegetales y animales.

Hablar de estudios especializados conlleva hacer un reconocimiento al científico Thomas van der Hammen, por sus valiosas investigaciones sobre paleoclimatología, que son fundamentales para la comprensión de las ocupaciones tempranas. De igual manera, es hablar de Pedro Botero, agrónomo que desde el Instituto Geográfico Agustín Codazzi aporta sus conocimientos especializados a los proyectos de Arqueología Medioambiental en nuestro país.

¹ Es bueno destacar que para ese entonces en Latinoamérica surge una posición particular identificada como Arqueología Social, de orientación marxista, con destacados exponentes como Luis Lumbreras, en el Perú, Mario Sanoja e Iraidá Vargas, en Venezuela y Felipe Bate, en México; cuyos textos son acogidos y analizados por los nuevos arqueólogos

de los setenta, y posteriormente fueron lecturas de clase de los estudiantes de los años ochenta que sirven para confrontar la Vieja Nueva Arqueología, como la llamó irónicamente, Manuel Gándara, de la Escuela Nacional de Antropología, de México. Al menos puedo decir que esto sucede en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional.

Para este período también pasan otros acontecimientos importantes para el desarrollo de la divulgación arqueológica en nuestro país. Se crea el museo Marqués de San Jorge, patrocinado por el Banco Popular y el Museo del Oro, a partir de la inauguración de su moderna sede en 1968, actualiza su concepción museológica, que enfatiza un guión en el que la metalurgia se inscribe en el contexto de los procesos históricos culturales regionales.

Los Maestros Pioneros Gerardo Reichel Dolmatoff y Luis Duque Gómez se retiran de los Departamentos de Antropología de los Andes y de la Nacional, respectivamente, para continuar sus trabajos de investigación etnológica, el primero, y arqueológica en la región de San Agustín, en compañía de Julio César Cubillos, el segundo, y ocupar otros cargos. Los demás compañeros de generación continúan sus actividades de investigación y divulgación en sus respectivas regiones y algunos de ellos se dedican a la actividad docente universitaria.

A un nivel internacional sobresale la investigación realizada en el Departamento de Nariño; primero, el trabajo hecho por María Victoria Uribe en el altiplano, en intercambio con arqueólogos ecuatorianos, y posteriormente, en Tumaco, la investigación de Francois Bouchard, del Instituto Francés de Estudios Andinos, en convenio con el Instituto Colombiano de Antropología. Este último proyecto trae a Colombia otra influencia con nuevas técnicas de excavación, diferentes a la estratigrafía aplicada en Colombia.

Durante los años ochenta se continúan programas de investigación iniciados en la década anterior. Clemencia Plazas y Ana María Falchetti, del Museo del Oro, se dedican a conocer la historia regional y el funcionamiento de los miles de hectáreas con campos de cultivo del bajo río San Jorge, con estudios medioambientales y lecturas cartográficas basadas en aerofotointerpretaciones.

La Fundación Procalima, creada en 1976, junto con el Instituto Colombiano de Antropología hacen un proyecto de investigación en la región Calima, bajo la dirección del Profesor Warwick Bray, del Instituto de Arqueología de la universidad de Londres, en compañía de sus colegas Mariann Cardale y Leonor Herrera. El profesor Bray con sus conocimientos y admirable personalidad, sobresaliente por la sencillez y espíritu de permanente colaboración con los alumnos y colegas colombianos, ha sido un valioso soporte de la arqueología en nuestro país.

Los Departamentos de Antropología tienen un desarrollo académico que conlleva el incremento de nuevos arqueólogos, que hacen trabajos de grado y primeros proyectos profesionales en diferentes regiones de Colombia, con el apoyo de la FIAN del Banco de la República, en un alto porcentaje. Los ochenta significan el crecimiento del área de Arqueología en la Carrera de Antropología de la universidad Nacional, con la reforma del Plan Curricular, después de una crisis interna, en 1984. El espacio académico ganado conlleva el incremento de nuevos alumnos interesados por la investigación arqueológica. El área de Arqueología del Departamento de Antropología de la universidad de Antioquia recibe el impulso de profesores, como Gustavo Santos y Neyla Castillo, egresados de la universidad Nacional, que hacen proyectos de investigación en el golfo de Morrosquillo y otras regiones antioqueñas.

Durante los ochenta también se da la modernización de instituciones regionales, entre ellas sobresale el Instituto de Investigaciones Científicas del Valle del Cauca, adscrito a la Gobernación del Departamento, que con la orientación de científicos, como Víctor Manuel Patiño y Julio Cesar Cubillos, o respetados dirigentes regionales como Guillermo Barney, lleva a cabo un programa de investigaciones en la región Calima y otras secciones del valle del río Cauca, bajo la dirección de Héctor Salgado y Carlos Armando Rodríguez, con la participación de David Stemper y la vinculación de alumnos de la universidad Nacional, de acuerdo con un convenio interinstitucional. Una obra social que construyen es el moderno museo arqueológico en el municipio de Darién.

La investigación arqueológica durante los años ochenta no se caracteriza por rupturas generacionales, es un período donde no hay "filósofos vueltos a nacer", lo que significa que se aplican enfoques conceptuales decantados a partir de las rupturas de las dos décadas

anteriores. En términos generales los nuevos programas de investigación que se inician en esta década y que se continúan hasta el presente, son estudios regionales a largo plazo, en los que priman los métodos interdisciplinarios, que enfatizan los estudios medioambientales, los patrones de asentamiento, análisis especializados de materiales culturales, en una concepción histórica o neoevolucionista social.

En 1981 tengo la oportunidad de iniciar el Programa de Investigaciones Arqueológicas del Alto Magdalena (PIAAM), en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional, con el apoyo permanente de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Con el PIAAM logramos una aproximación histórica al manejo territorial cosmológico, la muerte, la vida cotidiana y la jerarquía social establecida por los chamanes de San Agustín y sus diferencias con los cacicazgos Yalcones, que enfrentan los conquistadores españoles en el siglo XVI. En el Departamento de Antropología de la universidad Nacional también se hacen proyectos como el del profesor Virgilio Becerra en el Magdalena Medio, con énfasis en la participación de la comunidad de Cimitarra.

A partir de 1984 se inicia el Proyecto internacional del Valle la Plata realizado por convenio entre las universidades de Pittsburg y los Andes y el Instituto Colombiano de Antropología, bajo la dirección de Robert Drennan. Esta investigación aplica por primera vez en Colombia una metodología que destaca los reconocimientos sistemáticos (pruebas de garlancha), que vincula a estudios paleoclimáticos, para conocer el surgimiento de las sociedades complejas en dicho valle, a partir de un enfoque del neoevolucionismo social, que propone explicaciones determinadas por la interacción de las variables de crecimiento demográfico, diversidad de recursos e intercambio de los mismos. Dicho proyecto, que desde 1993 traslada sus estudios a los municipios de Isnos y San Agustín, se convierte en el Proyecto de Arqueología Regional del Alto Magdalena (PARAM).

El Proyecto Valle la Plata, como parte del intercambio establecido con nuestro país, ofrece varias becas para estudios de posgrado en la universidad de Pittsburg, a jóvenes antropólogos colombianos que se han vinculado a él. Esto, como era de esperarse, genera que tanto sus tesis de doctorado como otros proyectos posteriores tengan el mismo

enfoque conceptual y metodológico sobre las sociedades complejas. Es el caso del profesor Carl Langebaek, del Departamento de Antropología de la universidad de los Andes, en la región de Tierradentro y del profesor Luis Gonzalo Jaramillo, en un comienzo, del Departamento de Antropología de la universidad Nacional, y en la actualidad del Departamento de Antropología y Sociología de la universidad de Caldas, en el territorio del Viejo Caldas.

Desde los finales de los ochenta y durante la década del noventa, en los Departamentos de Antropología de las universidades de los Andes y la Nacional, la llamada Antropología Física se actualiza con la creación de laboratorios de Bioantropología, en los que se hacen estudios especializados sobre tópicos como paleopatologías, dietas alimenticias, deformaciones óseas, con esqueletos y momias prehispánicas, bajo la dirección de los profesores Felipe Cárdenas y José Vicente Rodríguez, respectivamente. El profesor Rodríguez también logra la creación de una especialización, en la que se aplican tecnologías que permiten la reconstrucción física del rostro humano, a partir de cráneos arqueológicos y modernos (Antropología Forense).

La Arqueología en la universidad Nacional se fortalece más en los años noventa, en el campo académico, con la aplicación en investigaciones y la enseñanza de estudios especializados de tecnología lítica, a cargo de la profesora María Pinto, vinculados a estudios de arqueozoología y arqueobotánica, con los profesores Germán Peña y Gaspar Morcote. La profesora Ana María Groot complementa la información de los cazadores y recolectores de la sabana de Bogotá con sus hallazgos de Checua. Un paso fundamental se da con la creación de la primera Maestría de Antropología, cuya primera promoción, que empieza en 1996, trabaja la temática de sociedades complejas y medio ambiente.

También hay nuevos proyectos como el de Gustavo Politis sobre Etnoarqueología con los Nukas de la Amazonia y los realizados por organizaciones no gubernamentales, como la fundación Erigaie, que realiza un trabajo en el medio Amazonas (Araracuara), dirigido por Inés Cavalier, Luisa Fernanda Herrera y Santiago Mora, que investiga los cambios medioambientales e históricos de las sociedades indígenas de la selva tropical amazónica. La fundación sobresale por hacer la primera base de datos sistémica de la Arqueología de Colombia, y producir, con el

patrocinio de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, los primeros multimedia sobre las culturas de San Agustín, Tairona y Tierradentro, con la aplicación de modernas tecnologías de la informática.

En la universidad de Antioquia la profesora Sofía Botero, en compañía de Norberto Vélez, investiga con fuentes históricas el valle de Arvi y prospecta campos de cultivo, terrazas y muros de piedra en Peñas Blancas; también el profesor Carlos López amplía el conocimiento sobre la etapa de cazadores recolectores en el Magdalena Medio. En la universidad del Cauca, el profesor Cristóbal Gnecco, además de excavar sitios pertenecientes a la etapa de cazadores y recolectores en el Departamento del Cauca, inicia un proyecto en la Bota Caucana, con énfasis en los estudios interdisciplinarios, y el profesor Diógenes Patiño continúa sus investigaciones en las selvas húmedas de la costa Pacífica del sur de Colombia. En el museo arqueológico de la universidad del Tolima, Héctor Salgado hace un programa de investigaciones sobre las culturas aborígenes que habitaron la cordillera Central.

La Arqueología de los noventa también llama la atención por el renacimiento del interés por los pensamientos mágicos ancestrales, a través del estudio del mundo simbólico de los objetos chamánicos, ya sean las esculturas y las tumbas megalíticas de San Agustín o los objetos del museo del Oro, que han investigado, principalmente, en esta perspectiva, Gerardo Reichel Dolmatoff, Warwick Bray, Ann Legast, Ana María Falchetti, Clemencia Plazas y Roberto Lleras.

El modelo neoevolucionista, producto de una racionalidad moderna, todavía presupone que la complejidad social está determinada a partir de la interacción de leyes causales del cambio (mecanicismo), separando y subvalorando las formas de pensamiento aborígenes, por considerarlas simples. Esta tendencia es la pretensión ingenua del saber poder científico moderno, que piensa que la complejidad social se explica universalmente por determinantes demográficos y económicos (cuantificables), lo que es una imposición homogenizadora del pasado, para poder justificar el presente.

En cursos de Arqueología Simbólica sobre la territorialidad cosmológica, la muerte y los chamanes de piedra de San Agustín, dicta-

dos en la Carrera de Antropología de la universidad Nacional, hemos aceptado que, tanto en el pasado como en el presente, existen elaborados pensamientos llamados chamanismo, que no representan la realidad sino que hacen parte de la realidad natural y cósmica, como los de culturas indígenas actuales, cuya sabiduría ancestral no separa las palabras de las cosas, lo racional de lo irracional, el sujeto del objeto, lo natural de lo sobrenatural y lo sagrado de lo profano.

Para los noventa, la Arqueología en Colombia vive el auge de la llamada Arqueología de Rescate, con motivo de la creación del Ministerio del Medio Ambiente, a partir de la Ley 99 de 1993. La nueva legislación reglamenta los impactos a la naturaleza y a los yacimientos arqueológicos, en tanto son patrimonio cultural nacional, que deben respetar los proyectos de ingeniería, para poder obtener su licencia de construcción. Los proyectos se ven en la necesidad de incluir en sus propuestas, desde la etapa inicial, el componente socio-cultural que incluye lo arqueológico; para atender este último, contratan el servicio de profesionales que tienen la responsabilidad de rescatar el patrimonio arqueológico o al menos mitigar el impacto que recibirá con dichas obras, de acuerdo con la legislación vigente que define y protege el patrimonio cultural de la nación: Ley 163 de 1959 con su decreto reglamentario N° 264 de 1963 y la reciente Ley 39 de 1997, que crea el Ministerio de Cultura.

En un comienzo, el Instituto Colombiano de Antropología maneja directamente los proyectos de Arqueología de Rescate entre los que sobresale el del oleoducto Vasconia-Coveñas (1990), bajo la dirección del investigador Alvaro Botiva. Pero con la promulgación de la nueva ley del medio ambiente y el auge de grandes proyectos de ingeniería de cobertura nacional, de generación y transmisión eléctrica, el oleoducto y gasoducto, los trabajos de Arqueología de Rescate se multiplican, lo que genera una demanda grande de arqueólogos. Es un período de esplendor laboral, para muchos profesionales y estudiantes de las Carreras de Antropología; es el ejercicio de la Arqueología privada o de contrato, en el que priman las leyes de la oferta y la demanda, de la libre empresa capitalista, que toma de sorpresa al gremio y a las instituciones de la Arqueología, que se ven abocados a realizar una reglamentación para el manejo de los proyectos de impacto ambiental, lo que causa tensiones, competencias, improvisaciones y respuestas acertadas.

Con el apoyo financiero de estos proyectos de ingeniería se hace gran cantidad de investigaciones, con nuevos hallazgos, a lo largo y ancho del país, destacándose entre ellos los realizados en el departamento de Antioquia, como el del río Porce, bajo la dirección de la profesora Neyla Castillo de la universidad de Antioquia y los coordinados por el arqueólogo Emilio Piazzini. La mayoría de los resultados obtenidos por estos proyectos no ha sido publicada, pero es de esperarse que constituyan un valioso aporte a la Arqueología en Colombia.

La finalización de los mencionados proyectos de ingeniería, reduce la demanda profesional, y como era de esperarse, se termina el efímero esplendor, en un momento de crisis económica, política y social, que afecta a todo el país.

La experiencia vivida con la Arqueología de Rescate sirve para reflexionar sobre las directrices establecidas por la investigación y la divulgación arqueológica en su proceso histórico, donde sobresalen proyectos particulares, de instituciones universitarias y científicas como el Museo del Oro y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, que son fundamentales para poder continuar nuestro camino. Además, está pendiente el decreto reglamentario de la nueva ley de cultura, de que depende el manejo y la protección estatal del patrimonio arqueológico, a través del Instituto Colombiano de Antropología, en el espíritu de las reformas causadas por la nueva Constitución de Colombia de 1991, que señala la participación social descentralizada en los nuevos Planes de Desarrollo.

Espero que con esta conferencia general, en la que no he entrado en detalles científicos ni mencionado los proyectos particulares de muchos colegas, entendamos que la Arqueología en nuestro país es un saber poder que se ha crecido a través de las diferentes generaciones que se proyecta en la sociedad colombiana e internacional. Si miramos la representación científica sobre el pasado aborigen, de los Maestros Pioneros, es claro su alcance como fundamento de la identidad cultural nacional, pero en estos momentos en que se impulsan políticas transnacionales y de globalización, ¿qué saber poder está produciendo la Arqueología en nuestro país?

Las sociedades prehispánicas que habitaron en el territorio de Colombia son un patrimonio cultural americano y parte fundamental de nuestra historia, como lo ratifica la declaratoria de Patrimonio de la Humanidad

de San Agustín y Tierradentro, por la UNESCO, en 1995. Protegerlo, preservarlo, conocerlo y divulgarlo a través de la investigación científica es nuestra responsabilidad y de las instituciones del Estado creadas con tal fin. Es mucho lo que falta por investigar, lo que debe entusiasmar a las nuevas generaciones, pero también necesitamos que el gobierno y la empresa privada fortalezcan las instituciones científicas, así como lo hicieron en décadas anteriores, para cumplir con el nuevo mandato constitucional. Hasta el presente la Arqueología, más que todo, investiga el pasado aborigen anterior a la conquista española y apenas inicia la investigación, como lo hace la profesora Mónica Therrien, de los períodos posteriores, en los que coexisten otras complejas realidades culturales mestizas, de origen europeo y africano, parte fundamental de nuestra identidad multiétnica.

Por último, pienso que los reunidos en este auditorio, estemos de acuerdo en algo, que antes de iniciar nuestro debate científico, en este Primer Congreso de Arqueología en Colombia, demos un merecido aplauso a los Maestros Pioneros por habernos entregado en sus obras, sus palustres de oro. Muchas Gracias.